

EL PATRIMONIO
DEL ESPIRITU
EN LA
MEDICINA

La ciencia moderna tiende a sustentarse sobre un modo de pensar que acepta el mundo de los sentidos como el único válido para la investigación. Para iniciarla se han aislado sólo algunos factores del campo total de la experiencia: el peso y la medida, que se prestan a conclusiones matemáticas. La Astronomía, la Mecánica y la Física han dibujado un Universo tan armónico como las obras maestras de arquitectura de la Grecia Antigua. Ellas han percibido la realidad más allá del pensar general, hasta elaborar abstracciones imperceptibles, formuladas en parábolas y símbolos. Mas, debido a que el hombre y el mundo que le rodea se hallan inmersos en experiencias que no pueden contarse ni medirse, no es sorprendente que grandes pensadores y científicos de nuestros días se hallen aprisionados en una manera de pensar impotente para penetrar la realidad.

De las cosas encontradas en el mundo material —átomos o estrellas, rocas o nubes, acero o agua—, se han aislado propiedades espaciales de peso y dimensión. Con ellas se ha elaborado una fenomenología que es abstracción, pero no conocimiento de la realidad con-

creta, total del cosmos. Se han observado los fenómenos utilizando una forma que representa tan solo lo inferior de la ciencia descriptiva. Podemos contar y medir, calcular y apreciar, establecer leyes y aplicarlas; pero nos vemos alejados de una visión interna de la vida y de la conciencia. El resultado: habernos apropiado del misterio de la constitución y de las características de la materia, haber conquistado soberanía sobre casi todo lo que hay en el mundo, pero no sobre la realidad de nosotros mismos.

Sí, el hombre, el ser que somos y que debemos cuidar con primordial empeño, es nuestro mayor desconocido! Sin embargo, su capacidad de pensar, de sentir y querer; su amor a la verdad, a la belleza y a la bondad; su capacidad de autocrítica que le inspira la necesidad de luchar y superarse, estos y otros de sus legados se han catalogado en la escala de lo secundario. A lo más se les ha otorgado valor subjetivo y no han entrado en la visión objetiva del mundo. Y esto desde Galileo, que mira las esferas siderales y sus órbitas, pero aleja la mirada del hombre que las explica y justifica. . .

Mas, es el objeto observable lo más importante? Se ve la casa, pero lo que importa es el hogar que contiene; se puede observar el cerebro, pero no la mente; la faz de la madre se presenta a nuestra vista, pero no el amor materno; la palabra escrita a lo más representa a la idea; la bandera al patriotismo. El amor, el gozo, la paz, el mérito, todas las fuerzas vitales son como la atmósfera que vivifica al hombre, pero hay que trascender lo simplemente observable, para percibir la potencia de su vitalidad.

El amor con que el niño, al nacer, es recibido en el mundo no es un mero sentimiento, sino el poder vivificante de categoría suprema que emana hacia el niño para proveerle de fuerza y establecer su confianza. La leche materna, transformación de las sustancias más sutilmente elaboradas en la sangre, es también, y sobre todo, transformación del amor humano en sustancia efectiva que el niño recibe corporalmente, para que su cuerpo crezca en gracia, flexibilidad y fortaleza. He aquí un significado, si se quiere ver más allá de lo físico, pues como expresa Saint-Exupery, "lo real está en lo invisible

a los ojos". Es tan solo nuestra vanidad lo que nos impide ver.

El simple materialismo, por su propia lógica, se ve obligado a buscar en el análisis final de la materia la razón última de toda existencia; de esta manera pronto pierde de vista lo que constituye el carácter esencial de las cosas y el ser del hombre. El mundo de los sentidos, el mundo puramente perceptible, es como la corteza y la sombra de la existencia.

La sociedad es algo más que la simple suma de individuos; el hombre es algo más que la simple suma de sus reacciones corporales; la fisiología es más que la simple suma de los procesos químicos; un compuesto químico es más que la simple suma de sus elementos separados; la materia, en todas sus vastas formas y expresivas manifestaciones, es más que el estado de equilibrio o desequilibrio de un número dado de partículas de cargas eléctricas, de masa y energía.

Es siempre el "más" el que nos interesa: el hombre es MAS que materia. Whitehead recomendó que tomáramos el organismo como punto de partida para una nueva investigación de la

naturaleza. El Dr. Rudolf Steiner fue mucho más allá: para él, el único punto de partida válido para el conocimiento del hombre y del mundo era el hombre mismo.

Y qué es el hombre? Es una artística creación de la naturaleza, a quien nos debemos acercarnos por medio de la ciencia y del arte. No por la ciencia sola, porque mientras esta puede reunir hechos e investigar fenómenos, el arte nos conduce al acrecentamiento de la propia conciencia, con la cual la mente puede alcanzar nuevos niveles de comprensión y percepción. "Aquel a quien la naturaleza empieza a revelar sus misterios, sentirá un irresistible anhelo de arte, el más meritorio intérprete de la naturaleza", afirma adecuadamente Goethe. No ahondemos más el profundo abismo entre el conocimiento y el arte. La medicina tiene que ser arte y ciencia.

El hombre, cuya salud se nos ha entregado, es un todo indivisible, de la más alta complejidad. Una región del cuerpo puede estar alterando a otra. Los impulsos patológicos que producen las enfermedades van por las más variadas vías y actúan

a distancia. Para nosotros cada enfermo debe constituir un problema único, situado en una realidad constante de cuerpo, mente y alma. El cuerpo es como un fino clavicordio, cuyas cuerdas relajadas o demasiado tensas, le convierten en instrumento inútil, incapaz de mantenerse en su óptima tonalidad.

Todo cuanto restaura la armonía en el hombre tomado como totalidad, es MEDICINA, y así como mil factores rompen la armonía, así otros mil pueden restaurarla. Sólo para aquel que cree únicamente en lo visible, no hay un bálsamo de eficacia casi universal. Como médicos debemos producir ante el paciente una verdadera desinterferencia psíquica, que no es otra cosa que presentarle, debidamente dosificados, los altos y trascendentales valores de la vida. Lo podrá el médico, si él primero los comprende y los vive. La mayor y mejor droga del universo es el Médico, si es que este vive esos valores. Si el médico es el "el que cuida de"... sabrá que el hombre no anhela tan solo un medicamento un fármaco más o menos eficaz, sino una guía en la vi-

da. El hombre que en un cruce de caminos señala las vías, sin ir por ellas, es una señal: un signo de madera puede hacer lo mismo. Si queremos ser MEDICOS tratemos de andar el camino, dejar, a cada paso, nuestra huella, luminosa y líquida, para que al ser vista por todos, sea el testimonio de que pasamos por allí.

El amor es bálsamo curativo. cuanto más nos demos, —y sólo nos daremos si es que amamos— más conseguiremos que nuestros pacientes obtengan lo que buscan de nosotros: una obra de amor, que sea alivio y curación.

Los poderes que nos mantienen en la tierra, se transmutan para ofrecer en nuestra acción profesional, en nuestra medicina, una parte de nosotros mismos. Somos una humanidad que se da a otra para mejorarla y sublimarla. Sólo así estaremos seguros de que hemos hecho lo mejor, si bien nuestra misión será a veces tan solo alcanzar curación, con frecuencia llevar alivio y siempre alcanzar tranquilidad y consuelo.

Quito, diciembre de 1975.